



Los Esfuerzos de la URSS para Formar las FF.AA. de Afganistán

Mayor Stephen D. Pomper, Ejército de los EE.UU.

LA EXPERIENCIA soviética en Afganistán en la década de los 80 proporciona muchas lecciones con respecto a las operaciones militares contemporáneas. La aparente similitud a la posición en que se hallan los EE.UU. actualmente en Irak merece que se preste atención a las lecciones aprendidas por los soviéticos. Muchos de estos puntos de aprendizaje de hace 20 años son negativos. Francamente, la inhabilidad de los soviéticos de adiestrar las FF.AA. nativas de la República Democrática de Afganistán (RDA) era sólo un aspecto del fracaso más grande y bien documentado. Según el escritor militar Robert M. Cassidy, “los expertos militares soviéticos sabían lo que debían hacer para ganar en Afganistán pero no lo hicieron debido a la reticencia cultural, o sea, la inercia cultural.”¹ Los EE.UU. deben evitar seguir el oso a este bosque. El adiestramiento apropiado de las FF.AA. en Afganistán e Irak es crucial para el éxito de los EE.UU. y para la región en general.

Es importante que se lleve a cabo una discusión de los aspirantes adiestradores soviéticos para entender su inhabilidad de adecuadamente preparar a las fuerzas afganas después de 1979. Según dos especialistas de la guerra, Mhommas Y. Nawroz y Lester W. Grau, el éxito soviético en Afganistán requirió una metodología en la cual adiestran al adiestrador que “relevaría las fuerzas del gobierno afgano de las misiones de guarnición e [impulsarlas] al campo para combatir la resistencia [mientras que] fortalecen las fuerzas afganas, para que una vez que derrote la resistencia, podría replegarse el Ejército soviético.”²

Básicamente, los soviéticos reconocían que adiestrar a una fuerza nativa era crucial para lograr

la victoria o, por lo menos, una exitosa estrategia de salida. Sabían que asegurar las 29 provincias de Afganistán y una población diversa requeriría un gran nivel de apoyo local. Probablemente debido que habían basado su plan en gran medida en el empleo de soldados afganos, los soviéticos imponían un límite de 115.000 soldados para el 40º Ejército, que se le había asignado la misión. No fue sorprendente que los cálculos iniciales del Estado Mayor General soviético concluyeron que requeriría entre 30 a 35 divisiones para asegurar el país—casi 650.000 soldados.³ Todavía, el enfoque soviético en Europa y la situación internacional en ese entonces relegó la intervención a una misión de economía de fuerza.

El concepto de una campaña soviética

El concepto general soviético fue ambicioso, pero claro:

- Estabilizar el país por medio de guarnicionar las principales rutas, ciudades, bases aéreas y áreas logísticas.
- Relevar las fuerzas del Gobierno afgano de sus responsabilidades de guarnición e impulsarlas hacia el campo para combatir la resistencia.
- Proporcionar el apoyo logístico, aéreo, de artillería e inteligencia a las fuerzas afganas.
- Minimizar el interfaz entre las fuerzas de ocupación soviéticas y la población.
- Aceptar mínimas bajas soviéticas.
- Fortalecer las fuerzas afganas para que el Ejército soviético pueda replegarse después de la derrota de la resistencia.⁴

Se diseñó la estrategia soviética alrededor de

una fuerza mecanizada de alta tecnología que fue formada para ganar rápida y decisivamente; en otras palabras, la fuerza fue entrenada y estructurada para la guerra de alta intensidad. Sin la infantería ligera, la fuerza eventualmente adoptó un mentalidad ineficaz de “refugio móvil” para “estabilizar las principales rutas y ciudades”.⁵ Además, las cuatro divisiones, cinco brigadas independientes y tres regimientos del 40° Ejército entraron al país sin la doctrina apropiada para el ambiente ni para la contrainsurgencia; ni eran adecuadamente organizados o preparados para este tipo de combate. Aunque las unidades formularon las técnicas, tácticas y procedimientos para superar algunos problemas, los soviéticos no elaboraron ningún sistema para compartir estas lecciones en todas partes del 40° Ejército. Su material era generalmente suficiente—una parte funcionó bien, otra no—pero el mal uso del equipamiento en el terreno diverso del país eventualmente no dio resultados a las tropas soviéticas y afganas.⁶

Ambas la doctrina y estructura de fuerzas inadecuadas de los soviéticos resultaron en algunas tácticas ad hoc viciosas que cada vez más se alejaban de la población afgana. Los soviéticos pusieron trampas explosivas en juguetes, colocaron campos minados e instituyeron un plan sistemático para atemorizar a civiles que incluyó nada menos que una política de tierra quemada.⁷ La conscripción también llevó un microcosmo de problemas de la sociedad soviética a las filas. La débil voluntad política, los distintos antecedentes étnicos y un choque de normas culturales plagaron la misión antes de comenzar.⁸ La guerra sólo empeoró estos problemas. De las 642.000 tropas soviéticas en Afganistán, un 73% (o 469.685) llegaron a ser una baja en una forma u otra.⁹ Las unidades del 40° Ejército sufrían crónicas deficiencias de personal y la “continua pérdida de cuadro que rotaban y la correspondiente pérdida de la experiencia de combate, liderazgo y técnicas desarrollados y comprobados tenían un efecto negativo en el adiestramiento [de las fuerzas afganas].”¹⁰

Las deficiencias no anticipadas de establecer las nuevas FF.AA. afganas también plagaron el esfuerzo soviético. El Estado Mayor General ruso identificó la falta de tiempo en el país como un factor principal en la inhabilidad de adiestrar las fuerzas de la RDA. El personal de menor jerarquía podría anticipar quedarse en Afganistán por un período de 18 a 21 meses, los oficiales por dos años. Un rol de los oficiales intermedios y suboficiales superiores era el de asesor, pero ser un “asesor con una unidad de la RDA era considerado ser un

destino de privación por oficiales soviéticos”.¹¹ Las condiciones de vida eran peores, los obstáculos entre idiomas y culturas omnipresentes, y los asesores se sentían inseguros debido a las actividades cubiertas de los mujahedines. Finalmente, la misión con la RDA no era considerada como un “trampolín para el ascenso”.¹² La carencia de voluntad política nacional agravó los problemas tácticos y la relación con los soldados: “la voluntad política [soviética] aun en este limitado nivel de compromiso [en Afganistán] no era sostenible aun a largo plazo”.¹³ El empeoramiento y pérdida eventual de la voluntad de luchar pueden parecer sorprendentes cuando se considera la imagen usual que tenemos del gobierno soviético severo y estrechamente controlador, pero

Básicamente, los soviéticos reconocían que adiestrar a una fuerza nativa era crucial para lograr la victoria o, por lo menos, una exitosa estrategia de salida. Sabían que asegurar las 29 provincias de Afganistán y una población diversa requeriría un gran nivel de apoyo local.

a medida que transcurría la guerra, el Kremlin lenta y inevitablemente sucumbió a la opinión pública y la realidad sombría de la situación.

Nawroz y Grau ofrecen un resumen del compromiso soviético en Afganistán al sostener: “Ningún Ejército, sin importar cuán sofisticado, adiestrado, rico en materias, numéricamente abrumador e implacable puede lograr el éxito en el campo de batalla si no está preparado psicológicamente ni motivado para la lucha”.¹⁴ El historiador y experto soviético Robert F. Baumann sugiere que se les dijo a los soldados soviéticos de anticipar un aspecto de su rol en Afganistán—que eran libertadores—pero rápidamente hallaron que eso no era la verdad completa ni siquiera casi completa.¹⁵ Un soldado de las fuerzas especiales rusas de la unidad “Recon 66” recuerda la variedad de mensajes, o el “adiestramiento político”, para la campaña afgana: “Primero nos dijeron que estábamos allí para defender la frontera sur, luego para cumplir nuestro deber internacional y finalmente, mencionaron otras razones insignificantes.”¹⁶ A medida que las tropas se frustraron hasta enojarse, enfocaron su contraproducente agresión en contra de la población

afgana. En breve, las FF.AA. soviéticas no estaban preparadas para la luchar contra lo que hallaron en Afganistán.

La evaluación de las fuerzas afganas

Antes de la invasión soviética, un incremento de islamismo y nacionalismo en todas partes del país fomentó una nueva cruzada ideológica que estableció el tono para los próximos diez años.¹⁷ En marzo de 1978 una división de infantería afgana se amotinó y se juntó con una pequeña pero creciente fuerza rebelde. Después de un golpe de estado por el Partido Comunista Afgano en abril, el Ejército de la RDA comenzó a deteriorar en seguida. Los comunistas instituyeron varias reformas para abordar la disminución, pero los cambios sólo disminuyeron el apoyo para el gobierno. A fines de 1979, el Ejército había disminuido de 100.000 a 40.000 soldados (algunas fuentes dicen a hasta tan pocos como 25.000), mientras que una mitad de los oficiales habían sido ejecutados, purgados de las filas o abandonaron sus puestos.¹⁸ La situación sólo empeoraría.

La evaluación de las fuerzas afganas por los soviéticos durante la década proporciona otras percepciones en cuanto a las tropas mal condicionadas e ineficaces que adiestraban. El EM estaba seguro que los niveles de fuerza de la RDA permanecieron entre 120.000 y 150.000 durante toda la ocupación; pero una fuente imparcial indica que el número máximo (40.000) se logró en 1986 y nunca fue mayor.¹⁹ Es improbable que las fuerzas aéreas y de seguridad podrían cubrir esta disparidad. Además de las malas percepciones acerca del número de las fuerzas, el mando soviético reorganizó las FF.AA. de la RDA. El mando pensó que “el gran número de organizaciones con una variedad de estructuras tenía un efecto negativo en la disposición general de sus fuerzas armadas [afganas].”²⁰ La solución soviética y el resultado eran previsibles: las compañías independientes se combinaron para formar regimientos que luego se juntaron en organizaciones cada vez más grandes. De esta manera, los soviéticos impusieron una tabla de organización y estructura de equipamiento estandarizadas y a gran escala en lo que quedó de las fuerzas afganas.²¹ Pero estas fuerzas no se estaban preparando para el combate de gran intensidad de estilo de aquel que se realizó en la Brecha de Fulda; estaban luchando contra una insurgencia irregular.

Las fuerzas afganas se armaron principalmente con equipamiento soviético, que no era tan sofisticado como las armas de sus hermanos eslavos.

El mal adiestramiento en cuanto al uso del equipamiento resultó en la avería prematura. Una tasa deplorable de mantenimiento fue el resultado inevitable, y la falta de mecánicos hábiles, operadores de comunicaciones y otros técnicos previno una solución a largo plazo.²² El reabastecimiento inadecuado por los asesores soviéticos (y el sistema logístico de la RDA), el saqueo por parte de las fuerzas rebeldes, desertiones y una tendencia de canjear equipamiento por drogas empeoraron la situación. A fines de la guerra, los mujahedines, o *dukhi* (espíritus fantasmas) como los llamaban los rusos, estaban a menudo mejor armados que sus rivales apoyados por una superpotencia.²³

Los soviéticos establecieron tres centros de adiestramiento en Kabul: uno para los oficiales de armas combinadas, uno para los oficiales de la fuerza aérea y defensa antiaérea y otro para los oficiales de habilidades especializadas. Algunos oficiales asistieron escuelas en la Unión Soviética para el adiestramiento requerido. Otra escuela, para oficiales superiores, duró tres a seis meses. Pero no parece que las escuelas eran eficaces: en 10 años sólo 3.000 oficiales, un número relativamente bajo, recibieron el adiestramiento. Además, no existía ningún sistema para determinar qué oficiales necesitaban adiestramiento o cuándo lo necesitaban. Los problemas se agravaron aun más con el cuerpo de oficiales debido a cuestiones de cultura: conexiones familiares, amistades y la afiliación al Partido Comunista, y no el mérito, normalmente determinaba el rango y posición en el Ejército.²⁴

El resto de la fuerza afgana—soldados y suboficiales—estaba compuesta en un 70% de conscriptos y en un 30% de voluntarios. La ley afgana requirió 100% servicio militar obligatorio por parte de la población masculina, pero los procedimientos empleados localmente para imponer la ley eran exitosos dos tercios de los casos. Junto con la tasa alta de bajas, el porcentaje de efectivos en la unidad era entre 25% y 40%.²⁵ El bajo nivel de personal resultó en “arrinconamientos” para nuevos reclutas.²⁶ Bajo estas circunstancias, el bajo nivel de moral era casi inevitable.

Una vez integrado en el servicio, el nuevo soldado normalmente asistía a un corto programa (un mes) de entrenamiento básico en uno de los casi 15 centros nacionales de adiestramiento, aunque algunas divisiones y brigadas establecieron sus propios programas de instrucción para los nuevos reclutas. El adiestramiento para suboficiales duraba más de tres a cuatro meses. Antes de entrar en combate, las unidades de la RDA debían realizar siete días de adiestramiento de alta intensidad; pero eso no

Fotos: Vladimir Grigoriev from <www.afghanwar.spb.ru/index_e.html>



Varias imágenes de la ocupación soviética de Afganistán.

siempre fue el caso. Después del combate, tenían sólo 20 días para reorganizarse y re-equipar.

Problemas de personal, el adiestramiento insuficiente y la recuperación de combate hecha con mucha prisa no eran los únicos problemas sufridos en los rangos inferiores. Entre 1.500 y 2.000 tropas por mes, o 24.000 por año—la mitad o todo el Ejército de la RDA, dependiente de la fuente—desertaron. La causa más comúnmente citada era la falta de voluntad. Los conscriptos no sabían por qué luchaban.²⁷

El camino hacia el fracaso

Aunque algunas unidades lucharon eficazmente, no obstante gran parte de las operaciones en las cuales participaron los soldados de la RDA fracasaron. Las unidades eficaces normalmente consistían de soldados de etnicidad y cultura común que servían en o cerca de sus áreas natales. Las unidades que no eran exitosas lo eran porque empleaban malas tácticas, su adiestramiento era inadecuado y no podían comunicar, a menudo debido a otro problema de mantenimiento—las radios que estaban fuera de servicio. Las operaciones de gran escala de la RDA se realizaron con dificultades porque las fuerzas soviéticas raras veces compartían información con los miembros de su coalición por temor de ser puestas en peligro.²⁸ (Dado que los partidarios

del mujahedín habían ocupado posiciones en las filas de las unidades de la RDA desde 1979, a los niveles más altos, el temor de los soviéticos era razonable.²⁹) Las unidades soviéticas y de la RDA realizaron misiones conjuntas de pequeña escala engendrando desconfianza y enemistad. En una típica operación de bloqueo y rastreo, por ejemplo, las fuerzas soviéticas bloquearon mientras que los afganos realizaron la misión más peligrosa de rastrear. Otros planes soviéticos “normalmente colocaron las fuerzas de la RDA en la frente para atraer el fuego”.³⁰ La desconfianza era profunda y causada por más que sólo los riesgos de seguridad. Las diferencias raciales, culturales y lingüísticas eran muchas. Generaron sospecha y eran detrimentos para la cooperación y éxito en los campamentos de entrenamiento y en el campo de batalla.

Ninguna causa por sí sola produjo el fracaso soviético en Afganistán; más bien, era una combinación de factores que crearon las condiciones para el “Vietnam de la URSS”.³¹ El apoyo político débil, de que tanto la URSS como la RDA eran culpables, paralizó el adiestramiento y la ocupación. La carencia de apoyo y determinación política causó una correspondiente falta de voluntad que socavó las tropas soviéticas y afganas, así como sus líderes. Al agregar la mala doctrina, equipamiento y organización, el éxito de la misión soviética era casi

imposible. Finalmente, la rígida insistencia soviética de realizar todo a su propia manera para convencionalizar las fuerzas de la RDA selló el ataúd.

Es cierto que la longevidad de esta guerra no favoreció los soviéticos. Cuanto más duraba el conflicto, más tecnología y potencia de fuego debían ser invertidas por los soviéticos, una estrategia que produjo menos soldados adiestrados, incrementó el número de muertos civiles y engendró el odio de la guerra y aquéllos que la comenzaron. Con el transcurso de tiempo, también la resistencia se solidificó, llegó a ser más eficaz y ganó aliados—principalmente los EE.UU.

Los resultados de esta guerra horrenda arden en las mentes de una generación de afganos que no van a olvidarla fácilmente. Aún, no tenía que ser así. Si el alto mando soviético hubiera superado la “reticencia [e] inercia cultural” y militar, habría podido ser posible otro fin alternativo.

La advertencia para hoy en día

La advertencia para hoy en día es respetar los fracasos del pasado, pero la meta debe ser la de aprender de las mismas. El pasado, claramente no nos ofrece soluciones preestablecidas en una

plantilla para las actuales y futuras operaciones, pero a veces sólo tenemos la historia. Hoy parece inverosímil que las FF.AA. de los EE.UU. recurrieran a destruir cultivos, aterrorizar civiles o colocar explosivos en juguetes; pero las mismas, a veces no han hecho caso a los errores y la mala suerte de otros. Podemos aprender de la desgracia soviética en Afganistán: no considerar a Irak como un compromiso a corto plazo o como una misión de diez años que se realiza un año a la vez; no adoptar una mentalidad de refugio móvil que separa los soldados de la solución probable—la población; no menospreciar el enemigo ni sobreestimar la probabilidad de su éxito. Por otro lado, asignar los recursos materiales y la voluntad a la tarea crucial de adiestrar para lograr una capacidad nativa. Evitar los errores que plagaron el 40º Ejército soviético en Afganistán requiere que los EE.UU. se cuestionen a sí mismos, permanezcan ágiles y que se adapten cuando sea necesario. Si nos resistimos a aprender, cuestionarnos y adaptarnos podríamos hallarnos hundidos en nuestro propio “Vietnam Afgano”. Cualquiera sea la decisión final, no debemos seguir el oso soviético en estos bosques. **MR**

NOTAS

1. Robert M. Cassidy, *Russia in Afghanistan and Chechnya: Military Strategic Culture and the Paradoxes of Asymmetric Conflict* (Carlisle, Pensilvania: U.S. Army War College, Strategic Studies Institute, 2003), pág. 11, disponible en la Red: www.carlisle.army.mil/ssi/pubs/2003/rusafgan/rusafgan.pdf, accedido el 27 de julio de 2005.
2. Mhommás Y. Nawroz y Lester W. Grau, *The Soviet War in Afghanistan: History and Harbinger of Future War* (Fuerte Leavenworth, Kansas: Foreign Military Studies Office, sin fecha de publicación), págs. 4-5. El mismo artículo apareció en la edición inglés de *Military Review* (September-October 1995): págs. 17-27.
3. Scott Peterson, “Afghanistan’s Lesson for Iraq,” *The Christian Science Monitor* (20 de noviembre de 2003), disponible en la Red: www.csmonitor.com/2003/1120/p06s01-woiq.html, accedido el 29 de julio de 2005.
4. Nawroz y Grau, págs. 4-5.
5. Peterson.
6. Cassidy, págs. 28, 33.
7. *Ibid.*, págs. 14-15.
8. La composición étnica y cultural del 40º Ejército, sin mencionar la de las fuerzas afganas, es demasiado complicada para ser discutida en este artículo. La diversidad probablemente afectó el adiestramiento de la RDA positiva y negativamente, pero he decidido subrayar los aspectos negativos, específicamente la carencia de cooperación y la inhabilidad de superar las diferencias.
9. Nawroz y Grau, págs. 2, 6-7.
10. El Estado Mayor General ruso, *The Soviet Afghan War, How a Superpower Fought and Lost*, traducido y editores, Lester Grau y Michael Gress (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2002), pág. 47.
11. El Estado Mayor General ruso, pág. 52.
12. *Ibid.*
13. Cassidy, pág. 28.
14. Nawroz y Grau, pág. 17.

15. Robert F. Baumann, entrevista con el autor, Fuerte Leavenworth, Kansas, 17 de noviembre de 2004.
16. A diferencia de las Fuerzas Especiales de los EE.UU., el rol de las Fuerzas Especiales (*Spetsnaz*) en la guerra era la acción directa y no el adiestramiento. Véase Timothy Gusinov, “Soviet Special Forces (Spetsnaz): Experiences in Afghanistan,” edición inglés de *Military Review* (March-April 2002): pág. 105-107, disponible en la Red: www.leavenworth.army.mil/milrev, accedido el 27 de julio de 2005; Bill Powell (reportado por Vladimir Volkov, Owen Matthews, y Yana Dlugy), “The Haunted, In the Realm of the Spirits, Back into the World,” *Newsweek*, edición Internacional (22 de febrero de 1999): pág. 37.
17. Cassidy, pág. 27.
18. Nawroz y Grau, pág. 2.
19. Roger R. Reese, *The Soviet Military Experience* (Londres: Routledge, 2000), pág. 167.
20. El Estado Mayor General ruso, pág. 49.
21. *Ibid.*, págs. 49-50.
22. *Ibid.*
23. Nawroz y Grau, pág. 5.
24. El Estado Mayor General ruso, págs. 49-51.
25. *Ibid.*, pág. 50.
26. Entrevista con Baumann.
27. El Estado Mayor General ruso, pág. 50.
28. Reese, págs. 167-69.
29. Entrevista con Baumann.
30. El Estado Mayor General ruso, pág. 52.
31. El autor admite que el término “Vietnam de la URSS” es más una figura retórica que realidad. La correlación entre las dos guerras es a menudo exagerada. Se necesitan el estudio y entendimiento detallados cuando se hace una comparación de las dos guerras.

El Mayor Stephen Pomper, Ejército de los EE.UU., es un planeador de maniobra de la sección G3 de la 1ª División de Caballería en Fuerte Hood, Texas. Recibió su licenciatura de la Universidad de Nueva Hampshire, su Maestría en Artes y Ciencias Militares de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los EE.UU. y es egresado de la Escuela de Estudios Militares Avanzados. Ha servido en una variedad de posiciones de mando y estado mayor en el territorio continental de los EE.UU. y en Corea.